

# GLORIAS HISPANO-AMERICANAS

## JOSE DE ARMAS Y CARDENAS

*Don  
Mayo*

Reproducimos, tomándolo de "La Correspondencia de España", el siguiente bien escrito artículo del señor Waldo Insúa. Estudia el señor Insúa la personalidad del eminente literato cubano José de Armas (Justo de Lara) y hace justicia a los grandes méritos que adornan al ilustre desaparecido.

He aquí el artículo del señor Insúa:

Hasta hace unos días no me enteré de la muerte, ocurrida recientemente en la Habana, de José de Armas. La última vez que le vi en su hotel de la Prosperidad, en el mes de Abril del año pasado, recogí una impresión desconocida, que, al ir a librarnos tual. Blancas las barbas, hirsutas y enredadas; blanquísimos los cabellos; los ojos mortecinos y sin aquella expresión escrutadora y dominante que era su característica; descoloridos los labios y livido el semblante, todo revelaba un decaimiento profundo en su organismo depauperado, un acercamiento a lo insondable y desconocido, que, al ir a liberarnos de los amargores de la existencia, nos purifica y hace perdonar todos los agravios e injusticias que nos han salido al paso en ella. Empotrado en su cama como Prometeo a la roca; rodeado de libros, folletos, revistas, periódicos, cartas, cigarrillos y otros múltiples objetos, preparaba nervioso sus cuartillas para continuar la paciente, la exigente labor diaria que reclamaban sus correspondencias de Nueva York, de Londres y de la Habana. No se rendía al cansancio ni al sufrimiento: como el héroe de la leyenda, esperaba a la Muerte sonriendo y sin que, ni un instante, le hiciese ni detenerse en su trabajo. Pero el esfuerzo advertíase que era excesivo, que dimanaba de una energía ficticia, nacida de su voluntad persistente y tenaz. Los brazos y las manos quedaban libres para escribir; y escribía olvidado de sus piernas endeables, delgadísimas, casi atrofiadas, que se negaban a sostener su busto de titán, que coronaba una bella cabeza de dios apolino. ¡Pobre Armas!

Su estado espiritual no era menos deprimente que el físico. Aparecía envuelto en tal ambiente de inquietud, de amargura y de desesperanza; todo a su alrededor presentaba un cuadro de fatalismo, y desventura tan real y abatiente, que ninguna reflexión cristiana ni sentencia estoica podían devolverle esa serenidad y

aumento día por día, hasta colocarlo entre los primeros y más renombrados publicistas de su país. Los estudios históricos y las investigaciones literarias, en sus diversas formas embargaron su atención y constituyeron su principal tarea, consagrando a ellos sus vastos conocimientos y su extraordinaria erudición. Pudo así hacer escrupulosas rebuscas en la vida de Cervantes y aportar a este asunto, que tanto preocupa a los innumerables apasionados del autor del "Quijote", datos curiosos y nuevos, que le valieron el aplauso de los sabios y el nombramiento de cortés-conformismo que son peculiares a los hombres de su elevada mentalidad y de su temple moral. Todo ante él parecía descentrado, irónico, inconsistente y como queriendo romperse. Lo que más había amado; lo que siempre añoró su alma pura y excelsa; lo que un tiempo había constituido el ideal de la vida y el ansia por lo inmortal, estando cerca, veíase tan lejos y era tan frágil y torturante, que, el contemplarlo y el desear contemplarlo siempre, constituía la más viva llaga de un corazón sangrando eternamente. ¿Cómo las internas y ácidas dolencias de su alma no habrían de reflejarse en su cara triste y desolada como la de un Cristo del Grego. ¡Inolvidable amigo; Tan superior, tan intuitivo, tan conocedor del ser ondulante y vario que se llama hombre; tan psicólogo, tan hábil buscador de las vidas preteritas de los que con su genio esclarecieron la sombría noche del pasado —Cervantes, Shakespeare, Montaigne— todo él estaba conformado para realizar una obra intensa y profunda; honrosa para su patria y beneficiosa para la Humanidad. La desgracia, aprisionándolo en plena edad viril, cuando el hombre puede disponer de todas sus potencias intelectivas y creadoras, truncó su labor. No hizo, no pudo hacer lo que su talento prometía y los que le vimos empezar esperábamos.

Cuando aquella tarde risueña de Abril me despedí de Armas, después de haber charlado durante dos horas tranquilamente con él, adquirí el penoso convencimiento de que su vida se apagaba lentamente, como la luz que se consume ardiendo, y de que su noble y generoso espíritu quería volar, libre de ataduras materiales, a regiones menos engañosas y falaces que la tierra. El presentimiento de entonces es ahora cruel certidumbre. Armas no es de

10  
2  
1000049

este mundo sino para el recuerdo fugaz de sus contemporáneos, y eterno para las generaciones venideras.

En 1882 siendo estudiante de Derecho, empezó Armas a colaborar en el periódico "La Nación", que dirigía en la Habana su padre, el notable escritor don José de Armas y Céspedes. Su "debut" no pudo ser más brillante. Atrajo la atención de todas las personas cultas de la sociedad cubana, adquiriendo en breve tiempo una reputación que fué en

pondiente de la Academia Española.

Era una época de gran inquietud en que atravesaba Cuba por los días literarios y consolidaba su nombre de escritor de primer orden, había que luchar denodadamente y tomar parte entre los beligerantes, entre los que ansiaban o combatían la independencia de la gran Antilla. Armas, naturalmente, como cubano y como hombre de ideas redentoras y liberales, tomó partido en la hueste separatista. Y solicitado por "El Heraldo", de Nueva York—el primer periódico de América—allá se fué a laborar por la causa de los suyos. Puede afirmarse que su pluma energética y arrolladora, desde las columnas del diario neoyorquino, hizo tanto por la libertad de su patria como el verbo de Martí como que determinó en la contienda la intervención yanqui.

Justo es consignar que en su campaña reivindicadora jamás escribió Armas conceptos denigrantes para España; consideró justa, legítima y necesaria la independencia de Cuba como Washington había considerado en otro tiempo la de Norteamérica y por eso empleó en su defensa sus hábiles fuerzas de escritor.

Más tarde, cuando Cuba era una nación fuerte y digna, volvió Armas sus ojos a la madre patria y a su amoroso seno se acogió, viviendo largos años entre nosotros como corresponsal del "Heraldo de Nueva York", hasta que en agosto último, sintiéndose morir, transpuso el mar y fué a exhalar el postrero aliento en su dulce y generosa patria.

La prueba de su amor a España la dió Armas levantando su voz en loor del héroe de Santiago de Cuba el inolvidable Vara de Rey, ensalzando sus proezas y su morir glorioso y promoviendo entre cubanos que habían peleado bravamente en los ejércitos libertadores una suscripción

para erigirle una estatua. En el paseo de María Cristina, de esta villa, yérguese desde 1913 el monumento a Vara de Rey, merced a la iniciativa de José de Armas.

"El Quijote y su época", publicado por la Casa editorial Renacimiento en 1915, es, sin duda, el libro más interesante que a propósito de Cervantes y el Quijote se haya escrito en lengua española. En él demostró Armas conocer admirablemente aquel glorioso y agitado período de la historia de España, en que, no obstante la catástrofe de la Invencible y los errores de gobierno y administración de reyes y ministros, que, por sostener lamentables fanatismos y dominaciones absurdas en Europa, aniquilaban toda la vida interior de la Península, poseíamos un Imperio mayor que el romano en los días de Augusto, y pensadores como Gracian y dramaturgos como Calderón fijaban los planes de la filosofía y del teatro moderno. Esta obra solamente basta para considerar a Armas como uno de los más insignes escritores contemporáneos de Hispano América.

Pero sus estudios concienzudos y sólidos sobre Erasmo, Servet, Montaigne, Diderot, Tailleyrand, La Rochefoucauld, Edgar Poe y otros otórganle pleno derecho para figurar entre los más celebrados de Europa.

No hago crítica de sus obras; me limito a dar una idea breve de tan ilustre personalidad cubana, que tanta y tan sincera devoción consagró a España.

La cultura de las naciones de habla castellana pierden con Armas un fuerte adalid.

Como hemos lamentado la muerte del mago de la pluma y del pensamiento, José Enrique Rodó, debemos llorar la de José de Armas y Cárdenas. Fueron dos glorias del mundo hispanoamericano.

Waldo A. INEUA

*Am, mayo 16/920*